



Te deslizas como sombra por los peldaños, en el campo abierto  
en que te invoco.  
León de piel dorada, fiera que alimentas en el desierto de mi sexo.  
¿Dónde cerrar los ojos, abandonar el alma?

Ejércitos buscan el despertar, el despunte. Barco rompe hielos, enorme  
glaciar entre la bruma, pesado filo que rasga y se abre paso.  
Buscando, horadando, derrumbando y destruyendo; alzando el vuelo  
corazón flechado, cuerpo ardiente.  
La belleza se esconde entre tus pliegues.  
La belleza se esconde entre los pliegues de la muerte.  
En estos huesos, con esta rabia...  
Esta mi ciudad donde amanezco enfebrecido y agónico.  
Aquí donde el ángel baila el fuego arde bajo mis párpados.

Bajo inmensas estatuas, entre pasillos arenados;  
en estos portales, en este puente...

(Ángeles y ciervos a la orilla del mar, ángeles y ciervos a la orilla del mar.)

Al alba, entre ángeles de torva mirada,  
la noche ha dejado su rastro, su crudo testimonio de cuerpos mutilados.  
En este invierno de mujeres solas  
la lluvia es una caricia, una tela finísima sobre los cuerpos del deseo.  
A lo lejos arden las hogueras. Los hombres han estado azuzando el fuego  
toda la noche,  
la rabia de los perros en contra de los ángeles,  
en contra de esas sombras que todo lo pervierten.  
El invierno les abrió las puertas, la noche los reconoció como propios:  
lobos hambrientos bajo el conjuro de la luna.  
El día se oculta tras la tormenta y el bosque es apenas un refugio.  
Entre cadáveres y demonios los hombres se defienden ofrendando  
la carne de sus hijos.  
En la ciénega, las ménades aguardan sus pasos.  
Esa mañana los ángeles cercaron la aldea,  
hundieron su espada entre los muertos;  
las mujeres retrocedieron, huyeron hacia el río:  
rojos alacranes envenenaban sus entrañas.  
A esa hora, el eremita escuchó el canto de las vírgenes,  
vio la figura de María arder en el desierto,  
adivinó su carne bajo el manto de la muerte.  
Las mujeres se perdieron entre los breñales; el río jamás apareció.  
Sólo el filo de la fe mutilando los cuerpos.

Frente al mar  
los hombres duermen,  
las candelas queman la gloria de sus sueños.  
Son estatuas de sal, templos vacíos.  
La luz invade la soledad de sus reinos,  
—la ruina del imperio sin guardia ni custodia—  
sólo este mar que golpea sus huesos desnudos.  
Las mujeres rodean el tronco de la Sibila, intentan descifrar  
la dura corteza de su misterio.  
No hay revelación, no hay verdad que atice el fuego de la hoguera.  
Los tronos descienden entre las llamas a besar los labios de la víctima.  
El día afila su punta y traspasa la carne de los amantes;  
perfora la espalda de la doncella, el pecho del guerrero.  
Están aquí, tras el encono y la soberbia, los ejércitos de dios.  
Los campos se cubren de nieve, los estanques se congelan,  
y a la orilla del mar los hombres celebran el milagro de la resurrección.

Con los brazos mordidos por el frío y el rostro endurecido por la espera  
seguimos frente al mar.  
Nadie habló por temor a reconocer el sordo lamento de sus muertos.  
A lo lejos, el rumor se volvía canto.

La señal contra el rumor del viento.  
Nadie les avisó; por vez primera nadie les avisó.  
Esa noche, después de tantas muertes y tantos sacrificios,  
entramos a la ciudad;  
arrasarla fue borrar nuestro pasado.

Los ángeles ascienden con sus adargas a proteger la noche.  
Las caravanas atraviesan la soledad de los amantes,  
levantan sus tiendas en lo alto de la madrugada donde los cuerpos  
se confunden con el alba.

Bajo el tronco rugoso del encino la Sibila contempla el sueño  
de sus muertos;  
sólo ella puede volver el rostro, contemplar la ciudad en ruinas...

El mar golpea contra las rocas despertando a todos sus ahogados.